

## Un millón de espacios - Julia K. Mars 13/4/2016

Capítulo primero: entre el estanque del vampiro y el Gobierno de Chatarra Conservable.

Eran las tres en punto y tras el pegajoso blanco del vagón había un mundo entero, nuevo. Cojeaba de un pie, y las gafas tan rotas le hacían ver horizontes largos y desenfocados. Una señora de aspecto desgastado le habló sin gesto en el rostro:

-Buenos días, necesito que me haga un favor; yo le recompensaré ahora mismo.

Fue, quizás tan frívolo, tan estático, que Babett acabó creyéndoselo nada más salir del metro. Al lado de la salida, de tonos verdosos y marrones mezclados, había un estanque para colocar libros usados que ya nadie quería. Babett se acercó tímido, dejó un ejemplar muy grueso y dio vueltas alrededor de la manzana para desfogarse.

-Es extraño - pensó -; casi todas las casas forman, en conjunto, un triángulo de un millón de vértices. Al cabo de unos segundos se le acercó un señor bajito con bigote: -“Si dice la palabra millón, un millón de espacios debe de recorrer”.

Babett se quedó mirándolo. No era tan feo como imaginaba. Detrás de sus gafas de pasta había habido unos ojos llenos de vida y color claro, y su boca se había deformado de tanto hablar. Sin embargo, él sabía, que le había conocido en otro tiempo. Pero claro, era todo tan borrable, tan desmoronable y presente, que no esperaba que el señor de gafas cuadradas lo reconociese.

-Jovencito, si no me hace caso, no creo que nadie venga por el libro y le recompense.  
¡Apresúrese!

-Él lo sabía- pensó Babett, perplejo.

Como si sus palabras se hubieran entremezclado en una pócima, y él se la hubiera bebido, corrió hacia el final del estanque que rellenaba la plaza. Por delante de él las manadas de personas parecían más inofensivas y además los niños trataban de imitarlo.

-Creo que puedo hacerlo - pensó. Nunca se había sentido tan pleno, tan caluroso y eufórico al recorrerle la luz del día -quizás, porque siempre pasaba esas horas claras en la oficina-.

-Señor, ¿puede ir a rescatar a mi ratón? - le preguntó un niño tierno - estaba jugando con él y de repente se me fue de las manos y cayó al estanque. ¡Debe de estar en el fondo del mar ahogándose! ¡Por favor! ¡Ayúdeme!

Bubett, aún más perplejo, dudó durante un instante. A lo lejos, el señor Lafayette -el de las gafas de pasta cuadradas- le insinuaba insistentemente que debía de ayudar al chico. Bubett no lo pensó y se tiró al agua.

Al poco de meterse, se dio cuenta de que llevaba sin bañarse siete años enteros, y las piernas empezaron a fallarle, o mejor dicho, a bailar un vals sin ritmo.

Aunque esto no le facilitaba nada, pensó que debía seguir bajando hacia las profundidades, ya que los ratones “son duros de roer”.

En este ecosistema acuático había unas cuantas joyas de animalillos exóticos, como el vulgarmente conocido pez vaca -Lactoria cornuta es su nombre científico-, tres calamares vampiro y un pez abisal.

Al principio no reflexionó sobre el significado de todos estos bichos; simplemente le parecían extraños e interesantes. Poseían colores venidos de otro cielo y otro universo; como si conviviesen dos mundos completamente diferentes en el mismo espacio. Este era tan callado, tan sigiloso, tan oscuro y profundo, que era el sitio perfecto para olvidar los problemas cotidianos y los amores no correspondidos, pensó Babett.

Al ver al tercer calamar vampiro, por fin cayó en la cuenta de que, tal y había estudiado en sus años mozos, los calamares de esta singular especie -para aquellos curiosos interesados, es denominada Vampyromorphida- viven a mil metros de profundidad, “respiran” prácticamente sin

nada de oxígeno y además, poseen unos extraños filamentos capturadores de presas bastante grandes.

Al pensar esto, se agobió profundamente e intentó salir de nuevo afuera - se había olvidado incluso del ratón-.

Tratando de salir, sentía como aparecían cada vez más animaillos acuáticos por encima de él, y formaban capas enteras que no le permitían ascender. Desesperado, oliendo el aroma de la muerte en este oscuro paraíso, cogió la cabeza de un calamar vampiro y se abrió paso hacia la superficie.

De forma sorprendente, cuando por fin entró en contacto con el oxígeno del aire, ya era de noche y no estaba en el estanque de la plaza, sino en un lago rodeado de montañas. Poco más podía ver, pues la oscuridad rellenaba hasta los huecos de las piedras, y también había "oscuridad de sonido".

Babett se asustó un poco, sin perder la cordura. Trató de salir del lago, pero era tan largo que decidió desncansar sobre una roca gigante que sobresalía del agua. Se acurrucó donde el musgo tapizaba toda la dureza de la roca, y se cubrió con hojas grandes para calentarse. Tenía miedo, inseguridad y preocupación constante; sin embargo, la paz del ambiente y esa magnífica naturaleza lo mantenía tranquilo. Se durmió al poco, pues llevaba casi un día entero sin pegar ojo.

En breve los sueños, o quizá las realidades, se lo llevaron a otro espacio. Estaba en un continente nuevo, lleno de basura y chatarra que cubría los suelos y las paredes. Había campañas de la chatarra y el gobierno era acertadamente llamado "Gobierno de Chatarra Conservable"; gobernaban conservadores ultraderechistas que "amaban" la chatarra, sobre todo el dulce poder que producía su existencia.

Eran unos lavadores de cerebro; el pueblo llano no tenía horas libres ni permiso para descansar. Desde niños les enseñaban a reutilizar la chatarra y cuidaban a los ultraconservadores derechistas, de los cuales serían siervos para siempre.

Babett observaba todo esto en su sueño, y se puede decir que, a pesar de estar presente, no tomaba parte alguna en el continente. Como mucho un día de enero fue acusado de comunista heterodoxo para ser condenado a la hoguera; pero nada más lejos de la realidad, nunca lo querían matar ni acusar verdaderamente. Les importaba poco este testigo si siempre se mantenía residente en el continente, donde no pintaba nada.

-Llevo meses intentando despertar- dijo Babett a un amigo suyo, siervo del ultraderechista asesino Hammer Watson.

-Amigo, tú tienes suerte de ser un testigo inútil. De no serlo, ya te habrían quemado en la hoguera. Aquí todos los que razonan son torturados o quemados. El Gobierno solo quiere esclavos que enriquezcan a los tres amigos que tienen el control absoluto de todo.

-¿Qué crees que hay que hacer para tener el control absoluto? - preguntó Babett a su amigo Vincent.

-Yo creo que el poder absoluto solo está en manos de los psicópatas. Tener poder significa renunciar a la moral; tu deseo de dominar a la gente debe ser más fuerte que cualquier otra cosa.

-¿No crees que ser la mayoría os puede ayudar a ganarlos?

-No. Ellos tienen los medios, tienen las armas. Nosotros solo tenemos chatarra.

-¿Y si yo os ayudo? De momento creen que soy un estúpido forastero venido del estanque neutro; nunca han desconfiado de nosotros.

-Claro, porque sus habitantes tienen mente neutra. El otro gobierno logró lavarles por completo el cerebro. Por eso creen que tú, aunque no lo tengas del todo lavado, no puedes hacer nada, ya que crearon la vía de acceso al estanque del vampiro.

-¿El estanque del vampiro es el que tiene esos calamares gigantes? - preguntó Babett, acordándose poco a poco de lo que le sucedió aquel día.

-Sí, pero si te soy sincero, solo son especulaciones. Nadie ha tenido acceso allí. Es como la muerte. De hecho creen que es el infierno.

-¿Cuál crees que es el cielo?

-No te recomiendo que digas esa palabra siendo quien eres. Tanto los extranjeros como los siervos no se consideran personas con derechos. Lo dice el grueso tomo de "Leyes para la Llanura de la Montaña", que escribió Oscar Mattsen el cinco de diciembre de 1962.

-¿Sabes en qué fecha estamos? - le preguntó Bubett.

-Te debería decir que no, pero inventé un sistema para averiguarlo al poco de que nos quitasen todos los relojes y calendarios.

-¿Cuál?

-Aún no te lo puedo revelar, amigo. Solo espero que despiertes y puedas contarlo en el estanque neutro, en tu hogar.

-Si te soy sincero, creo que ese no era mi hogar original. Todo empezó por un grueso libro, de tapas rojas, unas tres mil páginas...

-¡Es el Bilingatto, el que te he dicho! - interrumpió Vincent- ¡Tuviste el libro de Leyes para la Llanura de la Montaña!

-¿¡Cómo!? ¡Dios mío, estoy perdiendo la cabeza, querido amigo! ¡Todo empezó en el metro con una señora vieja y acabó con que tenía que rescatar un ratoncillo! - dijo, peridendo ya el seso.

-Relajémonos. Está muy claro que no eres un hombre de aquí. De serlo, nunca habrías podido tener el Bilingatto en tus manos. Esto es interesante ya que tiene que ser un error. De saber esto, el gobierno te quemaría vivo.

-¡Dios mío! Por favor, ¡no me cuentes detalles! ¡Quiero volver al metro cuando se me caía una gota sudorosa de la axila derecha! - dijo Babett, ya desesperado, con lágrimas incoloras en la barbilla.

-Babett, yo te voy a ayudar -dijo Vincent- pero tú debes ayudarme también. ¿Qué hora era cuando estuviste en el metro?

-Las tres en punto.

-De acuerdo. Ajustaré tu horario al que impuso el gobierno el verano pasado. Mira, a partir de ahora no puedes mencionar horas, minutos y segundos. Es más, no puedes mencionar unidad alguna que tenga relación con el tiempo. Como mucho te puedes limitar a que un día te citen para algo importante, y justo cuando sea el momento de verte, ellos te dirán la hora.

-¿Por qué lo hacen? ¿Por qué te dicen la hora si no quieren que la sepas? - preguntó Babett.

-Es un asunto de comodidad. Ellos siguen utilizando el tiempo; siguen comunicándose con el resto de espacios, incluido el estanque del vampiro y el estanque neutro. Cuando te citan, o es para matarte o es para darte un gran aviso acerca de algo. A mí me pasó eso, gracias a lo cual pude medir el tiempo durante un gran periodo. Es más, puedo hacerlo aún, pero me pillarán en cuanto oigan una manecilla o cualquier otro sonido. En cambio, tu estás libre de vigilancias y rumores.

Ahora mismo eres libre porque les das igual, creen que no sabes nada y eres estúpido. Házme caso: les mandarás una carta bastante simple - para que sigan creyendo que eres inofensivo- y les pedirás que te devuelvan a tu continente - el estanque neutro- pues lo echas en falta. Siempre que mandan a un extranjero a su zona, deben decirle la hora. Así pues, te citarán para un momento del tiempo, vendrán a por ti, te dirán la hora, y volverás al estanque neutro. Y sobre todo, ya sabrás la hora, ¡sabrás el tiempo! También te indicarán la fecha.

Saber el día es la pista más importante que necesito para encajar todo este terrible plan del gobierno. Debes prometerme, que una vez que estés de nuevo en tu casa, me mandarás algo aquí, ya sea una persona, animal u objeto que indique la hora y el día. Yo mismo me encargaré de descifrarlo, ¿de acuerdo?

Bubett se volvía cada vez más tarumba. Esto era una locura, un mundo caótico, ¿dónde estaba el sentido? Pero cansado y harto, como el soldado derrotado que solo quiere la paz, asintió con una sonrisa pesada.

-Verás que todo saldrá bien - le dijo Vincent.

(...)

-----